

Guillermo Arriaga

Una tarde con Rafael Coronel

Sofía Gamboa Duarte



Fotografía: Sofía Gamboa

El mundo de las artes en México durante la segunda mitad del siglo xx se desarrolló y se consolidó gracias al talento de artistas como Guillermo Arriaga, intérprete de la realidad y de sus elementos mediante los movimientos de su propio cuerpo en la confección de personajes, animales y fantasías por medio de la música. La carrera que comenzó en el teatro se consolidó en la encarnación de un romántico enamorado, un apasionado amante o un temperamental anciano y su trascendental “venado”. Alumno de Waldeen y de José Limón, Arriaga inventó sus propias realidades por medio del baile como la inmortal pieza Zapata, interpretada en innumerables teatros, plazas, salones y recintos particulares para personajes como Frida Kahlo y Lázaro Cárdenas.

Muy delgado, de rostro surcado por las profundas huellas que dejan los escenarios y una vida intensa, el bailarín y coreógrafo ya es de movimientos pausados pero firmes como sus palabras que fluyen entre sonrisas y carcajadas. Sentado en una rústica mecedora de madera arropada por cojines, a

la mitad de la sala del pequeño apartamento en Barranca del muerto, con su caballito hasta el tope de huitzila zacatecano, Billy Arriaga, artífice no sólo de coreografías sino de generaciones y fragmentos de la historia de la danza en México, nos obsequió un segmento de la vida que construyó, esta vez junto a Rafael Coronel.

Rafael Coronel vivió con usted cuando dejó Zacatecas para vivir en la ciudad de México, ¿cómo llegó a su casa?

En 1948 yo era estudiante de danza en Bellas Artes, entonces todos éramos alumnos de Santos Balmori, ahí conocí a Pedro Coronel, que ya era maestro en la Esmeralda, y nos hicimos íntimos amigos. Yo me casé con una alumna suya, él me la presentó, una costarricense maravillosa, ya murió (Graciela Moreno). Mi esposa y yo nos fuimos a Francia en 1951 y vivimos en París cerca de un año, hicimos una amistad muy cercana y muy fraterna con Pedro, Dolores Castro, Chayito Castellanos, ¡un grupo maravilloso! Un día llegó Pedro y me dijo: “Este es mi hermano Rafael, viene a estudiar; aquí te lo dejo. Cóbrale una renta”. Rafael acababa de terminar la prepa en Zacatecas y Pedro me lo dejó, literalmente, ¡como bulto!

Cuando vi lo que hacía, dije “¡Este es otro genio, no es posible!”, porque si se ve a Pedro y a Rafael, plásticamente no tienen nada que ver ¡y son dos genios!

Háblenos del momento en que conoció al joven artista

En casa vivíamos mi esposa Graciela, mis hijos, Emiliano y Guillermo, y yo. Rafael era muy reservado y no permitía que nadie entrara a su estudio, excepto Emiliano. ¡Incluso le hizo un retrato! No dejaba entrar a nadie y de repente explotó una cosa en el estudio de Rafael. ¡Quién sabe qué estaría haciendo! ¡Y era adorable!

Una noche fuimos al cine a ver una película de terror, *Los pájaros* de Hitchcock. Entonces Rafael era como niño chiquito, cuando vio los pájaros estaba aterrado y se acurrucó con nosotros, entonces le dije “ahí quédate, duérmete aquí”.

¿Cambió Rafael con el paso del tiempo y en las distintas etapas de su carrera?

¡Nunca! Rafael siempre ha sido el mismo, con un carácter inmutable. Eso hay que reconocer ¡Jamás ha cambiado! Ha sido absoluta y totalmente hosco, seco, duro y profundamente maravilloso. ¡Hay que sacarle con tirabuzón las palabras!

Pero ese es Rafael Coronel desde joven. ¡Fue como mi hijo, y a Juanito lo quiero muchísimo!

¿Dónde estaba su domicilio cuando Rafael vivió con ustedes?

En Valerio Trujano 356. ¡Acaban de destruir mi casa!, ¡me acaban de romper el corazón!

Esa casa fue como un núcleo de todo santo mundo porque eran tres casitas juntas. Mi familia y yo vivíamos en medio, y a la izquierda pasó todo santo mundo, los Retes, José Ignacio con Lucila. En la otra casita estaba Pedro Alvarado con Ruth (Rivera Marín). Ella y yo fuimos como hermanos toda la vida, hicimos la primera comunión juntos. ¡Ella hija de Diego Rivera y yo de la educación socialista de Lázaro Cárdenas! ¡Pero siempre fui un buen católico!

¿En qué parte de su casa se instaló Rafael?

Yo tenía un cuarto de dos pisos en la parte de atrás de mi casa con baño y todas las instalaciones. Entonces Carlos Jiménez Mabarak me dijo un día “Oye, ¿por qué ese cuartito que tienes allá atrás no me lo alquilas como estudio?” Lo arreglé como pequeño departamento con cocineta y un estudio. Cuando lo tenía listo, Carlos me dijo “¿Sabes qué?, me acaban de dar una beca para irme a París”. Y me dejó plantado, entonces un día Pedro (Coronel), completamente borracho —¡igual que yo!— me echó, ¡así como saco!, a su hermano y me dijo “Ahí te lo dejo”. Entonces nos lo echamos Graciela y yo, y fue nuestro hijo de mañana, tarde y noche, todas las comidas.

En ese tiempo él tiraba a la basura muchos dibujos y pinturas y yo los recogía, porque decía “¡este es un genio!” Le cobraba sesenta pesos al mes por su cuartito, y no tenía los 60 pesos pero yo recogía todos los dibujos y me los firmó.

¿Usted presentó a Rafael Coronel con todos sus amigos?

En aquel tiempo todos éramos vecinos y amigos, yo crecí junto con Ruth (Rivera Marín) y después vivíamos en casas contiguas. Diego siempre fue a ver mis

funciones, siempre estuvo con nosotros en el palco de Bellas Artes. ¡Mira nada más que maravilla! Después de la función nos íbamos a la casa azul de San Ángel a echarnos unos tragos, la guitarrisa, y a platicar, cantando unos corriditos que todavía me acuerdo, de la Revolución. ¡Y nos amanecíamos!

Era un monólogo, no eran diálogos. Cuando Diego hablaba, él hablaba y era una sabiduría enorme; además de su gran talento y una gran potencia como pintor. ¡Qué tipo, qué cultura!

Cuando me casé también había grandes fiestas en mi casa. Todo México iba a visitarme con una botella de tequila, es un episodio maravilloso de todo este rollo de gentes sensacionales. He sido tan privilegiado y afortunado de haber vivido toda esa parte de la historia y además de haber tenido casi como hijo a un Rafael Coronel. Fui teatrero con Retes, con Lucila, con los Balzaretti. ¡Mi vida ha sido maravillosamente rica!

¿Cómo se conocieron Ruth Rivera y Rafael?

Rafael conoció a todos mis amigos y obviamente a Ruth. Le tocó ver a sus hijos pequeños y el proceso de su divorcio con el arquitecto Pedro Alvarado. De ahí se hicieron amigos y finalmente se casaron.

Usted y Ruth Rivera ya eran amigos cuando fueron vecinos con sus respectivas familias.

Esa amistad viene desde niños. Lupe (Rivera Marín) ahí está todavía, es un añito mayor que yo. Con Guadalupe sí nos vemos, ella vive cerca de aquí y platicamos muchísimo, a Ruth le dio cáncer en un seno y no se cuidó, se lo dejó hasta que murió. Conocí a Diego, a Frida y ha sido una vida muy rica por haber

aprendido de toda esa serie de maestros como Orozco, que era muy raro, y Siqueiros, otro muy raro. ¡Pero bueno!, era la ruta nuestra. Y luego todo el bagaje de (Miguel) Covarrubias, de Waldeen, Chávez (Morado), (Pablo) Moncayo, (Leonora) Carrington, (Eduardo Hernández) Moncada. ¡Mi generación!

Yo le pregunté a Diego, “¿Qué opinas de tu yerno?”, y me dijo, “Todavía ni a sargento llega, le falta mucho para ser coronel”.

La primera promotora de la obra de Rafael Coronel fue Inés Amor, ¿la conoció Rafael a través de usted?

Yo conocía a Inés, ella me quería muchísimo. Soy íntimo amigo de los hijos, los conocí desde chiquitos, es una historia larguísima. Nunca en México ha habido una galería igual a la de Inés Amor, ¡claro!, está la hija Mariana, pero es otra historia. Cuando llegó Rafael traía unos lienzos que le llevó a Inés y ella los negociaba. Inés Amor ha sido la mejor galerista de nuestro México, ¡y tenía una intuición increíble! Desde Carlos Mérida hasta Diego Rivera, pero también a los jóvenes como Rafael los promovió Inés. Yo no se la presenté a Rafael, él mismo fue a buscarla.

¿Cuánto tiempo vivió Rafael con ustedes?

Duró diez años en el departamentito de mi casa. Se fue hasta que se casó. Fue como un hijo para Graciela y para mí.

Sin la cuenta de los mezcales saboreados, únicamente el paso de agujas en el reloj y el aletargamiento del sol anuncian la hora de retirarnos. Una deliciosa tarde fue sellada con un cálido abrazo del gran artista, conversador, amigo y ser humano Guillermo Arriaga. ▲▲